

## CAPÍTULO XIX

## DE PARIS Á LARROCHEFOUCAULT

Los precedentes viajes atmosféricos se habían verificado estando el cielo sereno y despejado; de suerte que todavía no me había sido posible hacer una travesía por encima de las nubes y estudiar este mundo superior. Había transcurrido con tal velocidad la noche de mi viaje á Normandía, que deseaba pasar una entera en los aires, aun cuando el cielo estuviese encapotado, y hacer largas observaciones, tan pronto debajo como encima de las nubes. Así, pues, preparé esta nueva expedición.

A las cuatro y media de la tarde se remontó al espacio nuestro hermoso globo, llevándonos á M. Godard y á mí. Las nubes no nos parecían muy elevadas; para no llegar inmediatamente hasta ellas, privándonos por esta causa de hacer observaciones precisas, habíamos calculado exactamente nuestra fuerza ascensional, y llevábamos el lastre correspondiente, de suerte que nos elevamos con lentitud.

Los instrumentos tuvieron tiempo de ponerse á la temperatura ambiente, y pude observar el estado termométrico é higrométrico de las capas de aire inferiores á las nubes.

El globo se dirigió al Sur; mas adelante giró hácia el sud-sudoeste y al sudoeste. Pasamos en línea recta por Grenelle, Vaugirard, Vanves, Chatillon, Fontenay-aux-Roses, Sceaux, Chatenay y Antony. Mientras admirábamos el magnífico parque de

Sceaux, nos encontramos transportados á las nubes, á 630 metros de altura. El barómetro Fortin había bajado de 757<sup>mm</sup>,3 á 705, el aneróide de 758,7 á 704; el termómetro de 20° á 15; el higrómetro había subido de 88 á 90, despues de haber marcado 85 á los 330 metros. Eran las 5 y 27 minutos.

El globo se eleva insensiblemente á las nubes. Parece que el *aire se pone opaco alrededor nuestro*; y la campiña se cubre con un velo cuyo espesor aumenta desde el centro á la circunferencia. En breve no nos es posible distinguir la tierra sino diametralmente debajo de nosotros, y nos vemos rodeados de una inmensa niebla blanca que parece circundarnos desde lejos, como una esfera vaga, sin tocarnos.

Nos creemos inmóviles en medio de aquel aire denso y opaco, y ni podemos apreciar directamente nuestra marcha horizontal, ni conocer por el aspecto de las nubes si subimos ó bajamos. De pronto, y durante esta permanencia en medio de un elemento tan nuevo para mí, suspendido en el seno de sus limbos aéreos, llega á nuestros oídos un admirable concierto de música instrumental, que parece dado *en la nube misma*, á algunos metros debajo de nosotros. Nuestras miradas procuran penetrar en las blancas profundidades, pero á cualquier parte que se vuelvan solo encuentran la sustancia difusa y homogénea que nos rodea por do quiera.

Escuchamos con recogimiento la misteriosa orquesta. No pudiendo adivinar qué clase de canto es el que llega á esta region aérea, consigno algunas notas en mi diario para recordar al menos el motivo principal. Luego examino el barómetro, el termómetro y el higrómetro y advierto con sorpresa que la humedad decrece á medida que nos elevamos por las nubes, y que el calor aumenta.

La pieza ejecutada por la orquesta desconocida era el *Alma de Polonia*.

La niebla es mas sonora que el aire y recoge los sonidos con tal intensidad que siempre que hemos oido la música de una ciudad inferior al atravesar las nubes, hemos creído estar al lado de ella. Aquella serenata procedía de una excelente banda, y sus ecos llegaron á nuestros oídos cuando estábamos rodeados de nubes entre Antony y Boulainvilliers, á cerca de un kilómetro de una y otra poblacion.

Sin embargo, la esfera de seda hiende lentamente con su cráneo las opacidades no resistentes de la nube, y abriéndonos un camino, nos transporta á mas luminosas regiones. No pasa mucho tiempo sin que nuestros ojos, acostumbrados á la ténue claridad de abajo, sientan la impresion del aumento de luz que nos rodea; y, en efecto, parece que nos envuelve por todas partes una inmensa claridad sólida; la esfera blanca que nos contiene es del mismo color en todas direcciones, tanto arriba como abajo, á derecha como á izquierda, siendo absolutamente imposible distinguir hácia qué lado está el sol.

En vano intento definir el carácter de nuestra situacion; su aspecto es verdaderamente indescriptible; todo cuanto puedo decir es que estamos en el seno de una especie de océano blanco penetrable... Pero la luz aumenta rápidamente y se acentúa con vigor. El sol aparece en el cielo blanco como una hostia inmensa posada sobre capas de nieve.

Hémos ya en la luz y en el cielo puro. La

tierra con su manto de brumas se ha hundido en lontananza perpendicularmente á nuestro vuelo. Aquí reina la luz, aquí irradia el calor, aquí la Atmósfera rebose de júbilo; al llegar al seno de este nuevo mundo parece que se dejan las sombrías playas del luto y el quebranto para tomar posesion de una existencia nueva, y que al apartarse de las nubes se resucita en la trasfiguracion del cielo. Los reinos de abajo se cubren de tristeza, y los intereses de la materia se ocultan tras el vergonzoso manto de la oscuridad; pero no bien hemos atravesado las puertas del cielo, cuando el alma, embriagada con tan rápida metamorfosis, siente cómo se estremecen sus palpitantes alas y cómo se despierta bajo su carnal ropaje el sentimiento de su inmortal destino, creyendo saborear de antemano las delicias de los mundos superiores, y ganosa de abandonar enteramente en esas nubes su mundanal vestido para volar hácia el sol en el inestinguible ardor de su deseo.

Al llegar á cien metros de altura sobre el nivel superior de las nubes, se navega en pleno cielo, en un espacio al parecer completamente extraño á la tierra, y hasta cierto punto entre dos nubes. El cielo inferior estaba formado de colinas y valles blanquizcos de diversos tonos, que ofrecían una vaga semejanza con las blancas hebras de lana cardada sumamente fina, y que disminuían de tamaño y espesor á medida que se elevaban.

El cielo superior era de un bellissimo azul salpicado de copos y rastros blancos (cirrus) situados á grande altura. El sol esparcía sus rayos luminosos y caloríficos por aquellas regiones inexploradas, en tanto que continuaba oculto para las regiones habitadas por el hombre. ¡Cuántas maravillas nacen y desaparecen sin que las vea jamás la mirada humana! ¡Qué fuerzas tan inmensas y permanentes están en accion sobre nosotros sin que las percibamos siquiera! Y ¡cómo prosigue su curso la naturaleza entera sin importarle que la estudie

y admire ó no el débil habitante de la tierra!

Hemos permanecido una hora completa encima de las nubes: invertí todo ese tiempo en buscar expresiones que pudieran reproducir el espectáculo que á nuestros ojos se ofrecía, y despues de haber escrito una página de comparaciones y de imágenes, no pude pasar de estas líneas: «Todas estas palabras son ridículas é indignas,—no hay frases que puedan dar cuenta de esto,—es un espectáculo arrebatador. De pié en la navecilla, mi mirada me produce la sensación de un vuelo ultraterrestre... ¡Por qué no se ha de habitar aquí!»

Al contemplar tales magnificencias me complazco en pensar que hay mundos en que el hombre no se arrastra entre el polvo como en el nuestro, sino que ha fijado su morada habitual en las regiones superiores. ¡Tal vez llegue un dia en que, aun en el nuestro, la humanidad emancipada sepa romper sus últimos vínculos y viva al fin en la pureza y transparencia del espacio celeste!

La sombra del globo se proyecta, esfumada sobre el nebuloso océano, como si fuese un segundo globo gris que flotara en las nubes. El aeróstato parece inmóvil, porque lo impele la misma corriente que á las nubes. Las colinas y los valles blancos situados debajo de nosotros parecen bastante sólidos para invitarnos á bajar de la barquilla y echar pié á tierra.

A las 6 y 25 minutos oímos un tren que sale de una estacion, haciéndonos creer así el ruido característico que producen las ruedas sobre las agujas. Consultamos nuestro indicador de los caminos de hierro, y vemos que era un tren que salía de Breigny.

Como suelen agradar los detalles circunstanciados, me atreveré á decir que á las seis y media hicimos una frugal comida, compuesta de un par de pichones, algunas cerezas y una botella de vino. Con este refrigerio pasamos hasta el dia siguiente, pero por modesto que fuera, como lo sazo-

naba aquel espectáculo tan agradable y tan raro, me pareció mas delicioso que una cena en casa de Lúculo. Añadiré que no bien habíamos puesto la mesa, cuando oímos una nueva música desconocida que tocaba la sinfonía de *Guillermo Tell*.

Una pequeña mosca de alas rojas, una coccinela, revoloteó en torno de la navecilla. Aquel animalito de Dios buscaba sin duda el paraíso.

Nos elevamos sucesivamente á 1,500, 1,700 y 1,900 metros, sin ver la tierra, porque nos la ocultaban las nubes que se extendían entre los 500 y 900 metros. Ocurrió luego una condensacion y el globo bajó.

Permanecemos hasta las 6 y 50 minutos debajo de las nubes, en una inmovilidad aparente, pero en realidad avanzando con una velocidad igual á la de ellas. El globo estaba tan perfectamente equilibrado en el seno del aire, que cuando llegó bajo el nivel superior, bastó arrojar unos 300 gramos de lastre, para que se remontara otra vez al cielo azul. Parecía que no se atrevía á descender, como si el aire de las nubes hubiera sido mas denso y le hubiese sostenido.

Cuando nos alejamos de la luz, presencié un efecto inverso al que me habia impresionado: una tristeza inmensa sucedió á la alegría de arriba. Parecía que una cosa oscura, hedionda y asquerosa velaba el espacio. Presentíase la proximidad de la tierra proscrita..... Recomiendo este descenso á los misántropos; pues se experimenta cierto disgusto al verse caer desde el cielo á la morada de los hombres.

Pronto quedará envuelto el solitario globo entre las sombras del crepúsculo y de la noche.

La condensacion y el frio, unidos á la velocidad adquirida, aceleran el descenso del globo (repito aquí que no tocamos jamás la válvula). En 10 minutos habíamos bajado desde 1,900 metros á 750. En otros dos cayó de un golpe 650. Al salir del nublado, divisamos la tierra que subía hácia nosotros con extraordinaria rapidez. Godard arrojó

un saco de lastre de 10 kil. Aunque se amortiguó de este modo nuestra caída, fuimos á parar, sin embargo, á 100 metros del suelo, cerca de Etampes. Como Balainvilliers era la última poblacion que habíamos visto á través de las nubes, resultaba que recorrimos 30 kilómetros en una hora por encima de las nubes.

Estas tenían 200 metros de espesor entre los 630 y 825 metros. A los 1000, el higrómetro habia llegado á 74 grados, y subió hasta 83 durante nuestra aproximacion á la tierra. El termómetro marcaba 24° sobre la nube, al sol, y 18° debajo.

Despues de haber proseguido nuestra travesía á muy corta altura para examinar el país, y de dar gracias á los habitantes que de todas partes acudian á recibirnos, nos remontamos á la atmósfera y continuamos nuestro camino, tan pronto sobre las nubes, como en medio ó debajo de ellas.

A las 7 y 47 minutos volvimos á ver el sol. Tenia el aspecto de un hierro candente. Las nubes sobre las cuales navegábamos parecían entonces altas montañas transparentes, animadas por los rayos amarillentos del inmenso foco. Aun flotaban pequeños cirros blancos en las alturas de la atmósfera. A las 8 y 5 minutos, el astro del dia traspuso lentamente el movable mar de las montañas de nieve enrojecida.

Cuando navegábamos por debajo de las nubes, la oscuridad era incompleta, y la campiña se desplegaba á nuestras miradas, enviándonos el confuso rumor producido por el canto de los grillos, de las alondras y de las codornices. Cuando nos cerníamos en el cielo puro, el crepúsculo nos envolvía con su vasta claridad. A veces, al bajar cerca de la tierra habitada, divisábamos los pueblos que encendían sus luces nocturnas.

A las ocho y media pasamos á muy corta altura de Montigny y de Tellay. Los habitantes nos observaron, preguntándonos á donde íbamos. — A Orleans. — Pues seguid el mismo camino, nos respondieron, no hay mas que cinco leguas; solo que, cuan-

do hayais pasado el bosque, debereis torcer un poco á la derecha.—Gracias.

En breve llegamos á aquel bosque sombrío, y nos remontamos por encima de las nubes para aprovechar un poco el crepúsculo y permanecer allí hasta que cerrara la noche. Hice mis observaciones de tres en tres minutos.

El crepúsculo se debilitaba con lentitud; los ruidos de la tierra habian cesado, y las sombras de la noche se extendían en torno nuestro. Al noroeste, el cielo continuaba iluminado por una claridad vaga y lejana; las nubes eran mas transparentes, y se distinguía la tierra por intervalos á través de la bruma. Flotábamos, lijeros como el aire, en el silencio y en una media luz, segun el descenso de la claridad atmosférica, y sintiendo con mas fuerza que nunca nuestro aislamiento en medio de la naturaleza adormecida. Parecía que la tierra se recogía al terminar el dia.

Embebido me hallaba en estas reflexiones, cuando me sacó de mi arrobamiento el sonido de una campana. Era el *Angelus* que se remontaba desde la tierra. Entonces eran las 8 y 55 minutos: nos hallábamos á 700 metros de altura, y el termómetro marcaba de 16 á 18°.

Algunos minutos despues, los gritos de: «Un globo! un globo!» llegaron hasta nosotros. Admirados de oír esta exclamacion sobre las nubes, escudriñamos las regiones inferiores. Nos hallábamos en un pozo de nubes, y como los campesinos veían el cielo por un claro, habian divisado el globo en medio de la abertura.

Estábamos á la sazón en Marigny. Escribí un parte fechado en el cielo, á las 9 y 15 minutos, dirigido al diario de Orleans, y luego lo tiré por medio de una larga banderola de papel dorado. Ignoro si este despacho aéreo ha llegado á su destino. Lo que aquel diario publicó al dia siguiente, y que fué reproducido por el *Figaro* y otros periódicos, era un despacho verbal. Hé aquí cómo lo trasmitimos.

Antes de llegar al Loira, bogábamos desde las 9 á 100 metros de altura solamente. Me pareció haber visto el despacho escrito caer en el río, pues, en virtud del principio mecánico de la independencia de los movimientos, un objeto que cae desde un globo no desciende á tierra en línea recta, sino que describe una línea oblicua, conservando la velocidad adquirida en el globo. En virtud de la misma ley, cualquier objeto lanzado desde un wagon, no va á parar al punto donde se le lanza, sino que sigue la marcha del tren durante todo el tiempo que tarda en caer. Pues bien, mientras flotábamos, como he dicho, á 100 metros solamente, oímos y distinguimos un carruaje que seguía tranquilamente su camino. Entonces tomó Godard su bocina, y dió una voz desde nuestra altura. El transeunte, asombrado al oír aquella voz desde el cielo en el silencio de la noche que empezaba, detuvo su caballo, y levantando la vista, reparó en el globo. Cambiamos con él algunas palabras, y proseguimos nuestro rumbo al sud-sud-oeste de Francia. Eran las 9 y 40 minutos.

Desde esta hora seguimos remontándonos. Arrojando lastre, llegamos primero á 1000 metros, y media hora mas tarde, á 1250. Habíase hecho completamente de noche, y el cielo estaba encapotado, pero la oscuridad que reinaba no nos impidió seguir distinguiendo las campiñas, los caminos, los ríos, los campos, los prados, los bosques y los charcos. Tuve que escribir mis notas á tientas; se puede escribir de un modo legible, aunque sin ver bien los caracteres que se trazan.

Para examinar los instrumentos, me valía de una esfera de cristal, dentro de la cual llevaba gusanos de luz.

Atravesamos el Cher, á las 11, entre Tours y Bourges.

La noche era fría y oscura: las nubes formaban un espeso manto sobre nuestras cabezas; la tierra era una inmensa llanura sombría, de variados y oscuros tonos. Un

solo rumor reinaba en la Atmósfera: el desapacible canto de millares de ranas, que duró toda la noche, con algunos intervalos de silencio, interrumpidos á veces por los ladridos de los perros. Las ranas nos indicaban las tierras llanas y las regiones pantanosas; los perros anunciaban la proximidad de los pueblos; el silencio absoluto nos revelaba que pasábamos por encima de las montañas y de los bosques.

A eso de la media noche, aparecieron algunos fuegos diseminados debajo de nosotros; eran las carboneras de los bosques. Aquellos fuegos, vistos desde lejos, se asemejaban á las luces de los faros, y el canto de las ranas imitaba admirablemente el rumor de las olas. Seguros de que nos hallábamos en el centro de la Francia, no podíamos temer el Océano, aunque la brújula marcaba el sudoeste. Sin embargo, desde nuestro regreso he pensado que una corriente dos veces mas rápida que la que nos empujaba, girando un tanto al oeste, nos habria arrojado inevitablemente en las costas de la Rochela antes de llegar el día.

Un relámpago rasga el cielo. El Boletín del Observatorio correspondiente al día de esta ascension nos hace saber que faltó muy poco para que hubiéramos ido á parar al seno de una violenta tempestad procedente del golfo de Gascuña.

¡Cómo cambia de un día á otro el aspecto de la naturaleza bajo la influencia de algunos rayos de luna, y algunos velos de nubes! Durante la primera noche, navegábamos en la claridad melancólica y en la serenidad del cielo azul, y asistíamos lentamente al concierto matinal de la orquesta divina. En la presente noche, envueltos en un espeso manto de tinieblas, pasamos entre limbos oscuros, por aéreos círculos donde flotan vagamente los fantasmas y las sombras.

De vez en cuando se oía el ruido siniestro de los saltos de agua que caían en la oscuridad; luego sucedía el silencio con una sensación de terror, y el áspero con-

cierto de los pantanos seguía emitiendo sus quejumbrosas notas.

A la una y media hirió nuestros oídos un rumor intenso que en un principio tomamos por el de un tren; era el del Creuse, río que atravesamos entre Poitiers y Chateauroux.

Todos estos ruidos que se elevaban de la oscura tierra durante la noche silenciosa eran de notable intensidad, lo cual no dejó de admirarme mientras estudiaba la trasmisión del sonido en el aire. ¿Consistía en que el silencio general, haciendo mis oídos mas sutiles, aumentara relativamente la intensidad de dichos ruidos? En mis anteriores viajes aeronáuticos habia advertido ya que el sonido se trasmite mas fácilmente y á mayor distancia de abajo arriba que en cualquier otra direccion. Agregué á este hecho la circunstancia de que, durante la noche, la atmósfera es más homogénea en su temperatura, y de que el sonido debe atravesarla sin tropezar, como durante el día, con los mil obstáculos que proceden de la reflexion y de la refraccion de diferentes capas.

Al repasar estas notas de mi diario de á bordo, recuerdo que el sábio autor del *Cosmos*, Alejandro de Humboldt, hizo una observacion análoga en el Orinoco. Cuenta que, desde un punto determinado de la llanura de Anture, el ruido de la gran cascada del Orinoco se parece al fragor de las olas al romperse contra una playa pedregosa, añadiendo, como una circunstancia notable, que dicho ruido es mucho mas fuerte de noche que de día. Esta diferencia no puede esplicarse por la tranquilidad de la noche, porque el zumbido de los insectos y los rugidos de las fieras hacen que en dicha comarca sea aquella más ruidosa que el día. Humboldt explica este fenómeno del modo siguiente: Entre la cascada y el punto donde él estaba, se estiende un llano cuya verde superficie está sembrada de una multitud de rocas peladas, las cuales adquieren, bajo la accion del sol, una tempe-

ratura mucho mas elevada que la de la yerba que las rodea, y por consiguiente, sobre cada una de ellas se eleva una columna de aire caliente menos densa. Resulta de aquí que, durante el día, el rumor de la cascada debe atravesar una atmósfera cuya densidad cambia á menudo, y como cada una de las superficies que limitan estas masas de aire, tan pronto enrarecido como más denso, produce un eco, el sonido se debilita necesariamente en su trayecto. Por la noche no existen tales diferencias de temperatura, y el sonido, propagado al través de una atmósfera homogénea, llega al oído sin que la reflexion lo haya debilitado.

Las ranas cesan en su monótono canto á las dos de la madrugada. Un momento despues los gallos se despiertan y se comunican de un pueblo á otro. Todavía reina la oscuridad; pero es grato oír el canto de dichas aves despues de pasar cuatro horas sin percibir mas que vagos murmullos.

A las 2 y 16 minutos atravesamos el Gartempe, cerca de Montmorillon. El cielo está cada vez mas encapotado: no despunta la aurora, ni esparce la mas ténue claridad en la atmósfera. A las 3 y 10 minutos atravesamos el Vienne, entre Confolens y Chabannais, y seguimos su curso algun tiempo. Distinguimos un pueblecillo y un farol en medio de él: es Chabannais.

Desde la media noche, la altura del globo decrece poco á poco desde 1,000 metros á 800 (la una de la mañana), á 500 (las dos) y á 600 (las dos y media). La humedad hace mas pesado el aparato aéreo; el higrómetro oscila alrededor de 93° y aumenta desde las dos. El termómetro marca 16°. Esta temperatura, relativamente elevada, se debe á la cortina de nubes que se opone á la radiacion de la tierra.

Júpiter y la Luna se dejan ver entre un pequeño claro; se deciden á presentarse cuando ya no los necesitamos. Esta línea es la primera que me veo escribir desde anoche á las diez.

Las aves empiezan á cantar á eso de las

tres de la mañana, y la claridad del día se anuncia con lentitud. Los habitantes son muy madrugadores en este país, pues ya vemos algunos por los caminos. Como estamos solamente á 600 metros de altura, los llamamos con el auxilio de la bocina, y les preguntamos:—¿Qué departamento es éste?—Confolens, responden.—¿Y qué distrito?—añadi.—Charenta.—Bravo.

Pasamos por encima de la cordillera del Limosin, gracias á haber arrojado la mayor parte del lastre que nos quedaba, y navegamos á 1,200 metros de altura. La magnífica campiña que se ofrece á nuestra vista nos invita á bajar, antes que se levante el viento, y tiramos por primera vez de la válvula á las cuatro, bajando 500 metros; á la segunda vez, nos ponemos á 100 metros del suelo.

El termómetro marca sucesivamente 16°, 15° y 14° á medida que descendemos, demostrándonos que el aire es mas frío á esta hora en los valles que en las mesetas. Como atravesamos una llanura magnífica y lijera-mente accidentada, antes de llegar á una nueva série de colinas, divisamos las torres del vetusto castillo de Larochevoucault. Nos dejamos caer lentamente como un ave perezosa, y nuestros pulmones respiran con cierto placer el aire embalsamado con los perfumes silvestres de aquella campiña bastante lejana de París.

Después de haber admirado el magnífico y venerable castillo ducal, partimos para Angulema, tirados por dos caballos soberbios, menos rápidos, pero más seguros que el globo. El tren que sale de Angulema á las cuatro de la mañana no llega á París hasta las ocho de la noche. Nosotros habíamos venido de la capital en once horas y media. La línea aerostática que describimos media 460 kilómetros, recorridos desde las 4 y 45 minutos de la tarde hasta las 4 y 20 de la mañana, ó sean 11 horas y 25, lo que da por término medio unas 10 leguas de 4 kilómetros por hora.

La proyección de la ruta aerostática representa un arco de círculo bastante pronunciado. Esta circunstancia, y la observación análoga hecha en otros viajes aéreos, me induce á pensar que las corrientes de la atmósfera, ó el viento, no viajan en línea recta, sino curva, siempre inclinada de izquierda á derecha.

Si yo hubiese estado solo, habría preferido continuar el viaje hasta Burdeos y el Océano; pero mi prudente piloto temió el viento, y con razón, pues media hora después de haber echado pié á tierra, se desató un vendabal que nos obligó á vaciar el globo en contra de lo que nos proponíamos.

Los estudios principales de esta larga travesía fueron el exámen de la naturaleza y constitución física de las nubes.

## CAPÍTULO XX

## ASCENSION Á LA PUESTA DEL SOL.—TEORÍA DEL VUELO

Algun tiempo después de mi viaje aerostático de París á Angulema, hice otro que me condujo al pintoresco valle del Sena que florece al oeste de la capital. No fué en resumen mas que un paseo á corta altura, organizado con el objeto de observar la marcha del higrómetro y la humedad relativa de dicha region. El cielo estaba sumamente despejado y el aire muy tranquilo. Soplaban una lijera brisa del este-sudeste, templada y lenta como la de la orilla del mar al caer la tarde. Mi piloto aéreo era, como de costumbre, M. Eugenio Godard, y habíamos ofrecido un puesto en nuestra barquilla á M. Victor Meunier.

El globo, arrebatado por una mano invisible, se elevó lentamente hácia el oeste de la capital.

He dicho ya que en el momento de la partida, la impresión del que se aleja de la tierra no es la que debe suponerse, y que lejos de sentirse emoción alguna en el primer período de la ascension, no se advierte siquiera que se abandona el suelo: hasta que se llega á una altura considerable no se nota el aislamiento en que uno se halla ni se advierte que se está suspendido de una esfera de gas en el seno del vacío. No sucede lo mismo con los que se quedan en tierra contemplando cómo nos remontamos, pues estos sienten una impresión mucho mayor. El corazón que late al par del nuestro experimenta un vacío inmenso por creer que se verifica una separación irreparable. Abandonamos la tierra para in-

troducirnos en las misteriosas regiones superiores. La mirada ansiosa que sigue con persistencia nuestro vuelo se deja dominar tristemente por la idea de que puede suceder que no bajemos, y que lleguemos á perdernos para siempre en la region de las estrellas.

El viento nos impele al noroeste de París; pasamos primeramente por Nanterre, Carrières-Saint-Denis, y Montesson; después nuestra línea se acentúa mas al norte y entramos en el bosque de San German por Carrières-sous-Bois. Atravesamos luego las ásperas colinas de Evequemont y llegamos á Meulan. En este trayecto de diez horas lo mas, hemos atravesado seis veces el Sena. La gran ciudad no deja de ser visible, y desde el bosque de San German distinguimos perfectamente el obelisco, erguido como una blanca aguja sobre los árboles de las Tullerías.

A las 6 y 45 minutos, la sombra del globo se volvió blanca, tal cual ya la habia visto la mañana de nuestra ascension sobre el Loira. Examinando atentamente las condiciones de este fenómeno, acabé por deducir que semejante sombra se debe á la reflexión de los rayos solares sobre las gotas de agua situadas en la yerba de las praderas, en las hojas de los árboles ó en los campos húmedos, ya sea por la mañana ó ya por la noche. En el bosque de San German se presentó formada de una inmensa aureola blanca, cuyo centro estaba ocupado por un círculo negro.